

- ISIDRO ¿Pero, hija, de dónde sacáremos...?
- ISIDORA De aquí, de la casa. Con energía, con ingenio, con firmeza de carácter, aquí mismo encontraremos la salvación. (Asombro de todos.) Usted... ¡eh! ¿no es usted el cobrador de Ruiz Ochoa, á quien debemos...?
- COBR. Sí señora.
- ISIDORA Pues mañana á las doce... ¡á cobrar!
- ISIDRO (Asustado.) ¡Hija!
- ISIDORA Se pagará... He dicho que se pagará.
- ISIDRO ¿Pero de dónde?
- TRIN. ¿Cómo?
- ISIDORA Aún no lo sé... Pero se pagará. (Estapor en todos.)
- NICOM. (Pasando al lado de don Isidro.) ¿Pero está loca?
- ISIDRO No sé... porque dinero no ha traído á casa.
- NICOM. ¿No? (Asombrado.)
- ISIDORA Pero he traído lo que hacía más falta aquí. ¿No sabéis lo que es? Ya lo iréis viendo (*).

FIN DEL ACTO PRIMERO

(*) { Don Santos y los chicos y dependientes.
Don Isidro, don Nicomedes, Luengo, Cobrador, doña Trinidad, Isidora.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

BONIFACIO arreglando cajas de pañuelos; después LUCAS y ALEJANDRO

- BONIF. (Mirando por la izquierda.) Se ha ido á comer... ¡Ah, (Dejando de trabajar.) gracias á Dios que puedo respirar un poco!... ¡Qué mujer, qué actividad, qué ardor para el trabajo! Desde que se puso al frente de la casa, andamos de coronilla los pobres dependientes. Verdad que vemos y tocamos el fruto de su inteligencia y de su energía; y da gusto, sí señor, da gusto ver prosperar la casa en que uno aprende para comerciante... Vale la niña, sí señor, vale...
- LUCAS (Por el foro.) ¡Bonifacio!...
- BONIF. ¿Qué quieres, hombre?... ¿qué hay?
- LUCAS Un señor en la tienda, que ya me tiene loco. Le he mostrado cien biombos, y aún quiere ver más, los mejores.
- BONIF. Aquí están.
- LUCAS ¡Si quiere entrar á verlos aquí! ¿Sabes que sospecho...?
- BONIF. (Inquieto.) ¿Qué señas tiene? (Mirando hacia la tienda.) ¡A ver?... (Aparece Alejandro en la puerta del foro y examina el local sin traspasar la puerta.)
- LUCAS Caballero, no se puede entrar aquí.
- ALEJ. (Con alegría.) ¡Si está aquí Bonifacio! (Entra.)
- BONIF. Allá le llevaremos los biombos.

- ALEJ. Déjame á mí de biombos. No han sido más que un pretexto...
- BONIF. ¡Don Alejandro, por Dios!
- ALEJ. Al fin entro... ¿Y qué?
- BONIF. (Á Lucas.) Vete á la tienda.
- LUCAS (Él es sin duda.) (Vase.)

ESCENA II

ALEJANDRO, BONIFACIO

- ALEJ. Te explicaré...
- BONIF. No me explique usted nada, y considere que aquí no puede estar. No es prudente...
- ALEJ. No será prudente, pero es preciso. Suceda lo que quiera, he de verla hoy mismo. Dos semanas hace que me abandonó. Esperaba yo que volviese á mí... pero ¡ay! tanto tarda, que no resisto más el deseo, la ansiedad de verla. ¿Está sola?
- BONIF. ¡Si está con toda la familia! Hace un rato se han sentado á la mesa.
- ALEJ. ¿Y don Santos? Ese me conoce: fué muy amigo de mi padre.
- BONIF. Don Santos y don Isidro han ido á almorzar á casa de Rodríguez, el de la tienda próxima. Pueden venir de un momento á otro...
- ALEJ. ¿Qué me importa? Todo lo arrostro, el escándalo, la violencia... (Con arrobo.) ¡Oh, aquí vive, aquí respira, aquí trabaja... y éstos son sus libros de cuentas! (Revolviendo en el escritorio, coge un libro, que abre.) ¡Oh, deliciosos números, materia vil: la mano de esa divina mujer os anima, os da existencia espiritual, hermosa, poética!... Su mano... sí... aquí la veo,... su inteligencia repoñada, su serenidad encantadora. (Besa con efusión el libro, y, muy abierto, lo aplica á su rostro.) ¡Oh, qué números! Me los bebería... (Dejando el libro.) Ríete de mí si quieres, Bonifacio, al verme hacer estas locuras.
- BONIF. No me río yo de usted, señor don Alejandro.

- Además, que ya estoy hecho á sus rarezas. Cuando yo era escribiente de su señor padre... ¿se acuerda?
- ALEJ. Sí, hombre.
- BONIF. Usted me quería mucho, me contaba cosas de novelas y dramas, y me enseñaba versos, y qué sé yo... Y cuando don Guillermo me reñía por cualquier falta, usted me defendía, y hasta se declaraba autor de mis travesurillas para evitar-me el castigo.
- ALEJ. Ya me acuerdo, sí. Pues ahora, si por permitirme estar aquí, te despiden los Berdejos, yo te colocaré con más sueldo en otra casa.
- BONIF. Bueno... convenido.
- ALEJ. Con que... ¿podré verla...?
- BONIF. ¿Aquí?
- ALEJ. ¿Y á solas?
- BONIF. Lo dudo.
- ALEJ. Entonces... tendré que volver...
- BONIF. Calma. Si después de comer, doña Trinidad echara una siestecilla, y los chicos se pusieran á estudiar...
- ALEJ. (Impaciente.) En fin, ¿qué debo hacer? ¿Vuelvo, ó me quedo?
- BONIF. Aguarde usted á que concluyan de comer. (Mira por la puerta de la izquierda.)
- ALEJ. ¿Tardarán mucho?
- BONIF. Un ratito.
- ALEJ. (Con afán.) ¡Ay, mis ojos anhelan su rostro, como el ciego la luz! Sin oír su voz, pareceme muda toda la Naturaleza. Quiero que hablemos, que riñamos, que nos arrojemos de boca á boca ternezas ó injurias.
- BONIF. Según oí, parece que usted y ella no congeniaban... no casaban, como quien dice.
- ALEJ. Pues por lo mismo, tonto, parecíamos destinados, ó condenados, como quieras, á eterna concordia.
- BONIF. ¿Sí? ¡Cosa más rara!

- ALEJ. Ella es el reposo, la exactitud, la apreciación clara y justa de las cosas visibles, la paz, la dulzura; yo la fantasía, el ensueño, el más allá, la hipóbole, la querencia del ideal... en fin, que somos el sí y el no, el alfa y la omega, el fin y el principio, y por lo mismo, del choque, de la fusión de nuestras almas, debiera resultar la perfectísima y hermosa síntesis... Pero tú no me entiendes... No sabes lo que es síntesis...
- BONIF. Quiere decir, que... vamos, como esos tejidos en que la urdimbre es seda, y la trama lana... de lo que resulta una tela hermosa, verbigracia, como el poplín de cuatro pesetas la vara.
- ALEJ. *Grosso modo* lo has expresado bien. ¿Pero cuál de los dos es la seda? Creo que la seda soy yo.
- BONIF. No; la seda es ella... que es lo que brilla... ó no, la lana, que es lo que abriga, y da cuerpo... En fin... vale mucho esa mujer. ¡Cristo me valga! Creo que no ha nacido hembra de más disposición.
- ALEJ. Ya oí... Ha salvado la casa.
- BONIF. Por lo menos, camino de eso va.
- ALEJ. Todo ello desplegando su actividad ardiente, su energía, su inteligencia.
- BONIF. Verá usted. Lo mismo fué llegar á esta casa, quince días há, que empezó á brujulear y á querer gobernarlo todo. Nos reíamos... pero pronto conocimos que la cosa iba de veras. Anunciaron el embargo para el día siguiente. Pues la niña se cuadró, y dijo: «se pagará» ¡Cristo, y se pagó!
- ALEJ. Esa sí que es buena. ¿Y cómo...?
- BONIF. Valiéndose de mil arbitrios, todos de la mejor ley. Descubrió porción de género que teníamos olvidado, y realizó una excelente operación con el saldista. Luégo se dió sus mañas para negociar dos pagarés, uno á fecha próxima, otro á fecha lejana. ¡El demonio de la niña! A fuerza de constancia, prontitud y astucia, ha conseguido

- cobrar multitud de cuentas atrasadas, saldando de este modo muchos débitos de la casa. ¿Pues y las ventas? Conoce y halaga el gusto de las señoras, sabe explotar la moda y el capricho del día... Baja los precios de las maulas, refuerza los artículos de gran salida, y con su gracia y su mónica, atrae la parroquia de un modo increíble. Entra el dinero en casa que da gusto.
- ALEJ. ¡Incomparable, divina mujer! Pero en su divinidad no es menos soñadora que yo. Porque toda esa energía, esa inteligencia, ¿á qué conducen, amigo Bonifacio?
- BONIF. ¡Toma, á salvar la casa!
- ALEJ. ¿Y qué importa que la casa se salve ó perezca? ¿A qué tanto afán por este montón de trapos? ¿Qué vale esto, ni qué significa lo que vemos aquí?
- BONIF. ¡Cristo, es la vida, el crédito, el honor de una familia!
- ALEJ. ¡Qué inocente! Fíjate bien, medita en ello un poco, y comprenderás que cuanto en el mundo impresiona tus sentidos es pura ilusión. Vivimos en medio de fantasmas, de representaciones quiméricas, unas bonitas y otras no...
- BONIF. (Alolado.) ¿Qué?...
- ALEJ. Lo que te parece real, lo que ves, y tocas, es tan ilusorio como lo que sólo habla á nuestro espíritu.
- BONIF. Vamos, desvaríos de hombre rico y desocupado. Si tuviera usted que trabajar para ganarse el pan, no pensaría esas cosas.
- ALEJ. ¡Trabajar... yo! No sirvo para emplear la vida en afanes, que al fin siempre resultan inútiles. Por mi suerté, ó mi desgracia, que esto no lo sé, no he trabajado nunca. Todo me lo encontré hecho. Mis padres me criaron en la holganza. Al quedarme solo, no pensé más que en el único trabajo productivo y consolador: vivir.
- BONIF. Vivir... para vivir. Ya lo creo... con mucho *parné*...

- ALEJ. ¡El dinero! ¡Ficción, convencionalismo! Lo aprecio como un medio de satisfacer mis necesidades físicas y espirituales. Pero no sé crearlo, ni quiero. No sé ganarlo, vamos... y mientras lo tenga, vivamos... viviendo.
- BONIF. Pues por ese caminito, fácil es que vaya usted...
- ALEJ. ¿A dónde?
- BONIF. A San Bernardino.
- ALEJ. ¡La miseria! ¡Bah!... Otra ficción, como la riqueza. Y en último caso, á mí no me espanta. El día en que yo no pueda vivir, no viviré.
- BONIF. Se matará... ya... Le viene de familia.
- ALEJ. ¡La muerte... ah! (Meditabundo.)
- BONIF. (Vivamente.) ¿Otra ficción?
- ALEJ. No, esa no es ficción, Bonifacio. Hay dos verdades, aparte de la fundamental, Dios... Dos verdades: el amor y la muerte... En ésta, si te fijas bien, no verás más que cambios de vida. ¿Se nos hace imposible la presente? Pues nos dirigimos á otra por un procedimiento que aterra á los cobardes; pero que á mí no me hace pestañear. Cuestión de carácter, de raza...
- BONIF. ¡Cristo me valga, qué loco!
- ALEJ. ¿Quieres oír un par de consejos de grande eficacia para la vida? Pues allá van: vive de lo que tengas, y despójate de toda ambición. Continúa en ese oficio vulgar, mientras la necesidad te obligue á ello, privándote de la vida fácil, libre y sin humillación. Pero si te cae herencia ó lotería, ó te encuentras algún tesoro, no trabajes, Bonifacio: sacude esa esclavitud tan dura como tonta. Cultiva la dignidad, la estimación de tus actos; no admitas favores, ni protección, ni auxilio de nadie, con lo cual evitas la gratitud, que es otra cadena de una pesadez intolerable. Haz todo el bien que puedas á tus inferiores. Busca tu recreo en la Naturaleza y en las Artes, las cuales nos proporcionan goces que no tenemos que agrade-

- cer. Y, sobre todo, y esta es la regla más práctica, Bonifacio: no te cases nunca, nunca, porque si el amor es lo más bello que el cielo nos ha concedido, el matrimonio es la más execrable invención de la tiranía social.
- BONIF. No es mala doctrina; pero... (Bruscamente, sintiendo ruido por la izquierda.) ¡Ya salen!...
- ALEJ. ¿Ella?... ¿Sola?...
- BONIF. No, no... con toda la familia. Ahora es imposible...
- ALEJ. ¿Y á qué hora crees que la encontraré sola?
- BONIF. (Inquieto.) No sé. Lo mejor es que suba usted al entresuelo.
- ALEJ. ¿A casa de mi amigo Morales? Sí.
- BONIF. Y si luégo, á media tarde, han salido todos, como creo...
- ALEJ. Me avisas.
- BONIF. Pero váyase pronto, que vienen. Salga por el portal, (Le lleva á la puerta de la derecha.)
- ALEJ. ¿Y por aquí volveré?
- BONIF. Sí.
- ALEJ. De modo que me avisas...
- BONIF. Mandaré un recado con el chiquillo.
- ALEJ. ¿Tendré que llamar?
- BONIF. Dejaré abierto... Pronto...
- ALEJ. Bueno. En tí confío. (Vase por la derecha.)
- BONIF. Ya están aquí... Y la maestra con las disciplinas en la mano.

ESCENA III

- ISIDORA, DOÑA TRINIDAD, TRINITA, SERAFINITO, ésto comiendo el postre, y leyendo en un libro.
- ISIDORA (A su hermana, con severidad.) ¡Que no consiento esto, vamos, que no lo consiento!
- TRIN. Bonifacio, á comer. (Vase Bonifacio por la izquierda.) Déjala que estudie.
- TRINITA Pero lo que digo: antes quisiera acabar mi ves-

tido. (A Isidora.) Y no me has dado el rasete color malva, ni el pedazo de surah para la combinación.

ISIDORA ¡Yo no tengo rasete, ni surah, ni paciencia!

SERAF. (Duro en ella.)

TRIN. Pero, hija, la niña...

TRINITA (Con mimo.) ¡Y ahora que estamos sin doncella! También es tema haber despedido á la Calixta, que me ayudaba.

ISIDORA La he despedido, porque no servía para nada.

TRIN. Amalia, que no sabe cocinar, la pobre, será doncella desde hoy, y esta tarde misma tomaremos muchacha para la cocina.

ISIDORA No, no. Ni esta tarde, ni mañana, ni nunca.

TRIN. ¿Y cómo nos vamos á arreglar?

ISIDORA A ver. ¿Soy yo la que manda aquí?

TRIN. Hija de mi alma, desde que con tu energía, determinación y talento extraordinario salvaste la casa, tu padre y yo hemos delegado en ti nuestra autoridad.

ISIDORA Pues mamá, no te molestes en buscar cocinera, que ya la tenemos.

TRIN. ¿Quién?

ISIDORA Esta (Coge á su hermana del brazo.) (*)

TRINITA ¿Yo? ¡Qué barbaridad!

SERAF. (Corrando el libro.) (Prepárate... Cuando las barbas de tu vecino veas arder...)

TRIN. Pero, hija, ¿lo dices de veras?

ISIDORA ¡Y tan de veras! Estamos amenazados de ruina. Aquí no hay ya señoritos.

SERAF. (¡Ay, Dios mío!)

ISIDORA Todos somos criados de todos. Se acabaron los perifollos elegantes, incompatibles con nuestra pobreza; se acabó el piano, y...

TRINITA ¡Pero si yo no sé guisar! (Lloricando.)

ISIDORA Aprendes... Más fácil es hacer un pisto sabroso

(*) Doña Trinidad, Trinita, Isidora, Serafin.

en la cocina, que hacerlo malamente en el piano... con la Rapsodia húngara!

SERAF. (Riendo.) ¡Divino, delicioso!

ISIDORA Mamá sabe cocinar. Yo también. Verás qué pronto te enseñamos.

TRIN. Bueno, bueno; pero me parece que...

TRINITA (Llorando.) Yo no quiero.

ISIDORA Pues si no se conforman todos... dimito.

TRINITA No, no.

TRIN. Dimitir no. (Asustada.) ¡Jesús! Estás demostrando una disposición colosal para el gobierno. Debemos obedecerte sin reparar en lo que mandas.

ISIDORA Nada, nada. Real decreto nombrando á la niña cocinera. Anda, ponte el delantal grueso. Se acabaron los rasetes, crespones y muselinas. Dispongo el descanso de las pobrecitas teclás, condeno á destierro los *Nocturnos* y *Fantastías*, y á muerte á las *Marchas Fúnebres* y *Danzas Macabras*.

SERAF. (Riendo.) ¡Já, já!... ¡Estupendo, colosal! (Haciendo burla de su hermana.) ¡Cocinera! Pues lo que es yo, no ceno aquí esta noche.

ISIDORA ¿Que no?

TRIN. Vale más que cenar con tus amigos. Ya sabes que esta noche tiene que hablar...

ISIDORA Pero antes he pedido yo la palabra... En fin, ¿mando ó no mando?

TRIN. Tú mandas, sí... pero el niño...

SERAF. (Con terror cómico.) ¡Ay, pobre niño!... Ya estás en capilla.)

ISIDORA Pues si mando...

SERAF. (Yo me escabullo.)

ISIDORA (Agarrándole por un brazo.) Ven acá, mequetrefe. (*)

TRINITA (Burlándose de él.) ¡Já, já! ahora le toca al sabio.

TRIN. Pero ya sabes cuánto le alaban...

ISIDORA ¡Vaya una ciencia la de estos micos! Pedantería,

(*) Trinita, doña Trinidad, Serafinito, Isidora.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"ALFONSO REYES"
1000, 1625 MONTERREY, MEXICO

ideas y frases sueltas, tomadas de aquí y de allá, oídas en los corrillos, ó pescadas en lecturas rápidas...

TRINITA (Burlándose.) El precocísimo filósofo, el joven pensador... ¡Já, já!..

SERAF. (A Trinita.) Verás tú...

ISIDORA Mamá, no te forjes ilusiones. No es más que uno de tantos niños habladores, hueros y cargantes, que hacen aborrecibles el arte y la ciencia. Tiempo tiene de aprender con fundamento. Condeno á reclusión temporal los libretes que tú no entiendes. Que los estudios sociológicos y antropológicos se vayan á hacer compañía á la *Marcha Fúnebre* y á la *Danza Macabra*. Esta noche me copiará el niño sabio unas cincuenta facturas, y me escribirá veinte ó más cartas.

TRINITA ¡Já, já!..

SERAF. Bueno. (Cortado.) Lo haré cuando vuelva.

ISIDORA No; si de aquí no sales ya. Voy á ponerte el grillete. Mamá, sácale unos manguitos.

TRIN. ¡Jesús, el niño al mostrador!..

ISIDORA ¿Que no?... Pues dimito.

TODOS (Asustados.) No, no.

ISIDORA ¿Y por qué no ha de salir al mostrador? ¿No salgo yo?

TRINITA Y yo también si hiciera falta.

ISIDORA No, tú á la cocina.

TRIN. (Consolando á Serafín.) Hijo, resignate hasta que pasen estas circunstancias.

ISIDORA (A Serafín afectuosamente.) Mira: para que la transición no sea brusca, hoy te dedico á tareas fáciles. Ven acá. (Va al escritorio.) Empieza por ir al correo. Certificas estos dos paquetitos de muestras sin valor. Y á la vuelta, te pasas por casa del comisionista alemán...

TRIN. Hartmann.

SERAF. ¿El autor de la *Filosofía de lo inconsciente*?

ISIDORA No sé de qué es autor. Tú vas, y le pides el mues-

trario de percalinas asargadas, y me lo traes.

SERAF. Bien. Haré todo lo que mandes.

ISIDORA (Atauciándole.) Cabécita llena de viento, no se estudia sólo en los libros. Hay que aprender antes un poco de ciencia de la vida, en la vida misma.

SERAF. Bueno, hermana. Tú nos subyugas, nos fascinas; tienes sobre todos tal poder sugestivo, que no hay manera de resistirte.

TRIN. ¡Pero qué dirán sus amigos del *Círculo de Historia y Literatura*!

ISIDORA ¡Valiente caso hago yo de la opinión de los señores discursistas! ¡Que vengan, que vengan aquí con sus retóricas á salvarnos de la miseria, y á enseñarnos cómo se restaura el crédito de una casa, y se da de comer á una familia!

SERAF. No hay más que hablar.

ISIDORA Ya estás andando.

TRINITA Y yo á mi cocina.

TRIN. Empezarás por dar de comer á los chicos.

TRINITA (A Serafín.) Adiós, hortera precocísimo.

SERAF. Fregatriz *dilettante*, hasta luégo.

ESCENA IV

ISIDORA; DOÑA TRINIDAD; DON ISIDRO; DON SANTOS, por la derecha.

TRIN. ¿Y qué tal os ha tratado el viejo Rodríguez, nuestro vecino?

ISIDRO Un almuerzo de príncipes.

SANTOS (A Isidora.) ¡Ah, si supieras qué sorpresa te traemos!.., ¿Se lo digo?

ISIDRO No, es una locura, un delirio. Somos muy prácticos.

TRIN. Pero dílo, hombre.

ISIDRO Luégo. Esta me ha enseñado el método, y...

ISIDORA Sí, lo primero á nuestro negocio. A ver...

ISIDRO Pues fui á casa de Requejo á proponerle que nos

- tome las existencias de sedas bordadas, que no necesitámós.
- ISIDORA Con el 25 por 100 de rebaja sobre el precio de factura...
- ISIDRO (Con timidez.) No, hija; no me atreví á tanto, y le propuse el 35.
- ISIDORA ¡Ay, papá; siempre eres lo mismo! Por esas timideces estás como estás... Considera que las sederías han subido de precio. Míralo; convéncete.
(Los dos pasan al escritorio, donde examinan papeles.)
- TRIN. (Con don Santos, en el centro.) ¿Y qué?
- SANTOS Toda la mañanita, desde que llegué de Móstoles, he andado como un azacán buscando á ese caballero. No sé dónde demonios se mete.
- TRIN. Dicen que al entresuelo viene á menudo.
- SANTOS ¿A casa de Morales? Subiré. Pero antes veré á los Guevaras, que son sus íntimos. Como que en poder de ellos tiene todo su capital. ¡Demonio de chico!
- TRIN. Dicen que sale á su padre, buen hombre, pero que si apostaba á extravagante, no había cristiano que le ganara.
- SANTOS Pues éste da quince y raya al padre, á la madre, y á toda la familia.
- TRIN. ¡Ay, Santos, Dios te dé buena mano!
- SANTOS Pulso y ojo de cazador machucho.
- TRIN. Eso es, sí... Me voy á dar á la pequeña la primera lección de cocina. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V

DON ISIDRO, ISIDORA, DON SANTOS

- ISIDRO Tienes razón. Se hará como dices (Bajan los dos al proscenio.) Si Requejo acepta, ya estamos de la otra parte. No nos metamos en más honduras. Contentémonos con conservar lo presente...
- SANTOS Alientos tiene la niña para mucho más.

- ISIDORA ¡Ya lo creo!
- ISIDRO Yo no: mis aspiraciones son modestísimas.
- ISIDORA Las mías pican alto.
- ISIDRO No tengo ambición.
- ISIDORA Yo sí. Y además constancia, tenacidad en mis propósitos.
- SANTOS ¡Viva el águila del comercio matritense! No le cortéis las alas, y veréis hasta dónde se remonta. Yo que tú, aceptaría sin vacilar la proposición de Rodríguez (*).
- ISIDORA (Curiosísima.) ¿Qué, qué es?
- SANTOS ¿No se lo has dicho?
- ISIDRO No, porque temo que pierda la chaveta, y quiera meterse en aventuras peligrosas.
- ISIDORA (Muy impaciente.) ¿Pero qué es? Díganmelo.
- ISIDRO Nada, que el viejo Rodríguez, nuestro vecino, está loco contigo...
- ISIDORA ¿Prendado de mí?
- SANTOS De tu talento, de tu disposición para los negocios...
- ISIDRO Ya sabes que se retira. Desea que nosotros nos quedemos con su establecimiento.
- ISIDORA ¿Es de veras? (Batiendo palmas.) ¡Jesús, qué dicha! ¡La camisería! ¡El colmo de mis anhelos!... Pero las condiciones serán duras.
- SANTOS ¡Quiá! Excelentes.
- ISIDORA Pues aceptado. ¿Pero, papá, tú lo dudas?
- ISIDRO Hija de mi alma: temo que sea carga demasiado gravosa para nuestros hombros, que aún están muy débiles.
- ISIDORA (Vivamente.) ¿Te dió el abuelo las condiciones escritas?
- SANTOS Sí; ahí las tiene.
- ISIDORA Dámelas.
- ISIDRO Luégo... ten juicio... No olvidemos el asunto más urgente... Requejo... ese no espera.

(*) Don Isidro, Isidora, don Santos.

- ISIDORA Es verdad. Vete pronto allá. No podemos descuidarnos.
- ISIDRO Allá me voy, y mientras discuto con él las condiciones del descuento, tu lo dispones todo, y nos mandas...
- ISIDORA La nota de las piezas de seda bordada, con los precios de factura, y otra nota de los cincuenta pañuelos de crespón que le cedemos.
- ISIDRO Pero pronto, hija mía.
- ISIDORA A prontitud nadie me gana.
- ISIDRO Ahí tienes el *vendi* firmado por mí. Añades las...
- ISIDORA Sí, sí... Allá irá todo, y si el saldista acepta, que aceptará, no te vengas sin traer todo ultimado; y recoges el pagaré.
- ISIDRO Corriente...
- ISIDORA Te mandaré también la nota del pedido de género alemán, para que á la vuelta...
- ISIDRO Perfectamente. Abur...

ESCENA VI

ISIDORA; DON SANTOS; LUENGO, que entra receloso y mal humorado.

- LUENGO ¡Felices!
- ISIDORA ¿Qué hay?
- SANTOS ¿Qué trae por aquí nuestro diligentísimo corredor y zurupeto?
- LUENGO Pues... supe que haces más pedidos.
- ISIDORA Sí... ¿y qué?
- LUENGO Que ni tú ni tu padre os dais por vencidos...
- SANTOS ¡Rendirse ésta! ¡já, já!
- ISIDORA Para mí no hay más que dos términos: la victoria ó la muerte.
- SANTOS ¿Qué tal?
- ISIDORA Soy como los defensores de Zaragoza. No me rindo. Los sitiadores, si entran, pisarán mi cadáver.
- SANTOS (Aplaudiendo.) ¡Bravísimo por la heroína!

- LUENGO Bravísimo... Y ha corrido el rumor... por eso vengo... pero ¡quía! debe de ser broma. ¡Lo que me rei cuando me lo dijeron!
- ISIDORA ¿Qué?
- LUENGO Que no contentos mis queridísimos amigos los Berdejos con las dificultades que les agobian, aspiran á quedarse con la camisería del vecino... ¡já, já!...
- ISIDORA No reirse, amiguito.
- LUENGO ¿Pero no es broma?
- SANTOS ¿Qué ha de ser? El abuelo Rodríguez es quien pretende...
- LUENGO (Con estupor.) ¡Pero si el chico de don Nicomedes y mis sobrinos contaban con ese traspaso!... El abuelo les prometió...
- ISIDORA Pues será en el caso de que nosotros rehusamos...
- LUENGO (Sulfurándose.) ¡Esto es increíble! ¡Qué gente más aprovechada! ¡Y don Isidro será capaz...?
- ISIDORA Como siempre, mi padre teme; yo no.
- LUENGO (Con desprecio.) ¿Y te crees con bríos para...?
- ISIDORA Para eso y para mucho más. Conseguiré todo lo que me proponga. ¡Cómo? Poniendo en todas mis acciones la energía perseverante que me ha dado Dios. ¡Ay, que no me la quite! ¡No me la quites, Señor!
- LUENGO (Con ira, marcando mucho la palabra.) ¡Voluntariosa!
- ISIDORA No es eso... Pero sí: admito la palabra, á falta de otra.
- SANTOS Eh... ¿qué tal?
- LUENGO (Desconcertado. Su hipocresía no es bastante á encubrir su cólera.) ¡Pues no lo consentiremos!... digo... si me opongo... es por el bien de esta familia que tanto quiero... ¡Vaya un egoísmo! Pues no será, digo que no será... Queridísimo don Santos, no me niegue usted que...
- SANTOS Pero ven acá... (Siguen disputando en voz baja.)

ESCENA VII

DICHOS; SERAFINITO, por el foro.

- SERAF. (Entra rápidamente con varios muestrarios.) Aquí estoy. Me pediste un muestrario y te traigo tres (*).
- ISIDORA Bien: así me gusta.
- SANTOS (Con Luengo, á la derecha.) No hay quien pueda con esta chica.
- LUENGO Es un demonio.
- SANTOS Un demonio que anda demasiado suelto, y yo pienso atarle.
- LUENGO ¿Cómo?
- SANTOS Con una cuerda, sogá ó cabezal, según los casos, que se llama marido.
- LUENGO ¡Un marido!
- SANTOS En eso ando.
- LUENGO Ya... tratos y contubernios. Boda en perspectiva. Ahora comprendo... Por eso echan tantos humos, y quieren apandar todos los negocios... Claro: trincan al sonámbulo, que aún tiene dinero. (Con misterio.) Pues oiga, don Santos... No hay que fiarse.
- SANTOS ¿Qué dices?
- LUENGO Que si se confirma cierto run run, esa boda podría ser para ustedes un negocio detestable.
- SANTOS ¡Ya empiezas?... ¡Envidioso!
- LUENGO Pues, no digo nada... Al tiempo.
- SANTOS ¡Bah!... La envidia te come. (Retirándose.) ¿Vienes tú?
- LUENGO (Pensativo, buscando un pretexto para quedarse.) Todavía no. Quiero ver esos muestrarios...
- SANTOS Pues abur... Que te alivies. (Vase por el fondo.)
- ISIDORA Ahora te vas á la tienda... No te muevas de allí hasta que yo te llame.
- SERAF. Allí estaré. (Vase á la tienda.)

(*) Don Santos, Luengo, Serafinito, Isidora.

ESCENA VIII

ISIDORA, LUENGO; al final de la escena, BONIFACIO

- ISIDORA (Con indiferencia, dirigiéndose á la mesa-escritorio.) ¿Aún está usted ahí?
- LUENGO Tengo que hablarte.
- ISIDORA (Sorprendida.) ¿A mí?
- LUENGO (Con misterio.) Sí; de un asunto muy reservado, pero muy reservado.
- ISIDORA ¿A ver, hombre?
- LUENGO He sabido que Guevara anda mal... La noticia es de buena tinta. Corre la voz de que suspende pagos.
- ISIDORA (Con frialdad.) ¿Y á mí qué?
- LUENGO (Con malicia.) Una persona que á tí te interesa...
- ISIDORA ¿A mí?
- LUENGO Vamos, una persona que no puede serte indiferente... tiene todo su dinero en poder de Guevara. Ya ves... ¡qué peligro!
- ISIDORA (Comprendiendo.) Ah... ya. (Con serenidad.) En efecto, yo lo sentiría... pero...
- LUENGO ¡Ay, hija, con qué calma lo tomas! ¡Pero de veras, no te da frío ni calor que esa persona, esa... estimadísima persona, se quede en la miseria?
- ISIDORA No puedo mirarlo con indiferencia. Al menos, por humanidad...
- LUENGO ¿Por humanidad nada más? (Asombrado de la calma de Isidora.) ¿Pero tú...? Vamos, ten franqueza con el mejor amigo de la casa. Díme: ¿no tienes tú planes, nobilísimos planes... algún proyectillo tocante á ese sujeto?
- ISIDORA ¿Planes yo? No por cierto.
- LUENGO (Hipócrita, ¡qué bien finge!) Pues te dije lo de Guevara... porque tú previnieras á...
- ISIDORA (Vivamente.) Pero si yo no tengo trato ni relación alguna con él. No he vuelto á verle.
- LUENGO ¡Que no! (¡Ay, qué embustera!) Pues tengo en-

tendido que el gran cazador don Santos anda detrás de esa fierecilla para echarle el lazo, y traértela.

ISIDORA ¡Qué enredo! (Con desprecio.) ¡Déjeme usted en paz!

LUENGO Y entiendo que Alejandro estuvo aquí.

ISIDORA (Asustada.) ¡Aquí!

LUENGO Aquí, en tu casa.

ISIDORA ¿Cuándo?

LUENGO Hoy.

ISIDORA (Con vehemencia.) ¡Eso no es verdad! ¡Déjeme usted! ¡No quiero oírle!

LUENGO (Con hipocresía, humillándose.) Perdona, hija, no te enfades. Ya me voy. Yo soy tu amigo, amigo leal de la familia, y en prueba de ello, volveré á traer noticias, á saber de tí, de tus planes... Adiós... A trabajar la niña... Adiós.

ISIDORA Adiós, sí... Y no vuelva por acá... (Me da miedo este hombre.) (Vase Luengo. Sale Bonifacio por la puerta de la derecha, con piezas de tela.)

BONIF. (Ya está sola.) (Al cerrar la puerta, no echa el pasador; la deja entornada: Márquese este movimiento.)

ISIDORA Que no pase nadie. Tengo que trabajar.

BONIF. Está bien. (Vase á la tienda: cierra las vidrieras.)

ESCENA IX

ISIDORA; poco después, ALEJANDRO

ISIDORA (Afanada, sentándose en el escritorio.) ¡Dios mío, lo que tengo que hacer!... Aquí está el *vendí*... Pongamos la nota del género cedido. (Escribe.) Primero: doce piezas de... (Se detiene preocupada.) Ese pillo de Luengo... No, imposible que Alejandro se atreviera á venir aquí. (Escribe.) Seis piezas de á metro sesenta de ancho.. No sé por qué, hoy no puedo apartarle de mi memoria. (Entra Alejandro cautelosamente, y se desliza por el fondo de la escena.) Hacen un total de metros noventa, que arrojan, pesetas 1.350. Bien... (Pensando.) Sí, le tengo aquí, aquí... Imposible ol-

vidarle. Y lo que yo digo, ¿se acordará de mí? (Venciendo su distracción, se obliga al trabajo.)

ALEJ. (Contemplándola desde el fondo, junto á una de las mesas grandes.) Allí está la pobre, navegando en un océano de números. ¡Qué bella, qué encantadora en su afán de hormiga diligente! Es la loca del trabajo. Padece la más inútil y vana demencia de las muchas que afectan á la desdichada humanidad.

ISIDORA (Escribiendo.) Pesetas 1.037. (Pensando.) No sé qué siento hoy. Hay en mi cabeza como un deseo de descanso, de... No sé qué es esto. Si tendrá razón Alejandro, que sostiene que estos afanes embrutecen el alma, amargan la vida, y secan la fuente del ideal y de los goces puros, y tal y qué sé yo. Ello será así; pero como no vuelva la edad de oro, en que se mantiene la gente con bellotas, habrá que trabajar. Eso le contestaba yo; y él se reía, y decía unas cosas tan saladas... (Dominando su pensamiento.) Anda, hija, no te duermas. (Escribe.) Añado los cincuenta pañuelos crespón clase P. 14, P. 15. Veamos los precios. (Coge una nota entre los varios papeles que tiene delante.)

ALEJ. (Avanzando un poco hacia la izquierda.) ¡Linda criatura, esclava de ilusorios deberes, de una abnegación artificiosa! Mujer hechicera, atacada de la epidemia humana, ó sea la plétora de leyes y principios... ¡Dichosos los salvajes, los pastores, los vagabundos, emancipados por la divina pobreza, por la bendita ignorancia!

ISIDORA (Contemplando gozosa su escritura.) ¡Qué bonitos números! Aquí tengo tres cincos, tan gallardos, con sus plumachos en la cabeza, y debajo un seis muy panzudo, agarrado de un tres, que parece desternillarse de risa... ¡Oh! no sé qué tengo hoy... Ya me equivoqué tres veces. Es la pícara imaginación, que se me quiere insurreccionar... (Oprimiéndose la frente.) Imaginación, ten juicio... no en-